

2015-01-01

Escribir para cuidar de sí y del otro: pensarse, crearse y regirse desde la escritura

Rodolfo Alberto López
Universidad de La Salle, ralopez@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

Citación recomendada

López, R. A.. (2015). Escribir para cuidar de sí y del otro: pensarse, crearse y regirse desde la escritura. *Actualidades Pedagógicas*, (65), 229-244. doi:<https://doi.org/10.19052/ap.3491>

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Escribir para cuidar de sí y del otro: pensarse, crearse y regirse desde la escritura

Rodolfo Alberto López

Universidad de La Salle, Colombia

ralopez@unisalle.edu.co



Resumen: Este artículo propone evidenciar cómo la escritura constituye el pilar para la construcción de una educación consciente de sí misma, propositiva y reflexiva, que pueda intervenir en los procesos de configuración de la subjetividad del individuo en relación con la sociedad. Para esto, se concibe la escritura desde tres perspectivas: como ontología, que responde a la necesidad de generar nuestra propia existencia a través del lenguaje; como cuidado de sí mismo y del otro, en la medida en que la formación del individuo incide en la creación de escenarios concretos de convivencia, y como proyecto histórico-colectivo, pues al indagar la historia de nuestro país es posible resignificar el presente y edificar un nuevo devenir.

229



Palabras clave: escritura, ontología, subjetividad, educación.

Recibido: 15 de mayo de 2014

Aceptado: 24 de febrero de 2015

Cómo citar este artículo: López, R. A. (2015). Escribir para cuidar de sí y del otro: pensarse, crearse y regirse desde la escritura. *Actualidades Pedagógicas*, (65), 229-244.



To write in order to care for oneself and for others: To think, create and govern oneself from writing

Abstract: This article aims to demonstrate how writing is the cornerstone for building a self-conscious, purposeful and reflective education, which can intervene in processes that define the subjectivity of an individual in relation to society. For this purpose, writing is conceived from three perspectives: as ontology, which responds to the need to generate our own existence through language; as caring for oneself and for others, to the extent that an individual's training affects the creation of specific scenarios of coexistence; and as a historical-collective project, since through investigating the history of our country it is possible to redefine the present and to build a new future.

Keywords: writing, ontology, subjectivity, education.



Escrever para cuidar de si e do outro: pensar-se, criar-se e reger-se desde a escritura.

Resumo: Neste artigo se propõe evidenciar como a escritura é o pilar para construir uma educação consciente de si mesma, propositiva e reflexiva, que possa intervir nos processos de configuração da subjetividade do indivíduo com relação à sociedade. Para isto, se concebe a escritura desde três perspectivas: como ontologia, que responde à necessidade de gerar nossa própria existência através da linguagem; como cuidado de si mesmo e do outro, na medida em que a formação do indivíduo incide na criação de cenários concretos de convivência, e como projeto histórico-coletivo, pois ao indagar a história de nosso país é possível ressignificar o presente e edificar um novo futuro.

Palavras chave: escritura, ontologia, subjetividade, educação.



Pienso que nuestra educación merece ser mejorada. Aún está demasiado llena de imposiciones, de evidentes y sutiles violencias. La tradición que perpetuamos tiende a masificar, a disolver lo personal, a apagar toda voz singular, a anular toda invención que no sea reciclable por el mercado.

William Ospina

Todo lo que me ha ocurrido me ha enseñado a valorar al individuo, a la persona que cultiva y conserva sus propios modos de pensar, que resiste al pensamiento del grupo, a las presiones de grupo.

Doris Lessing

Contexto: el olvido de sí y la utilización del otro

Tras un largo proceso que aún no culmina, esto que solemos llamar *la modernidad* ha levantado su programa cultural sobre el individualismo racional, la ciencia, la tecnología, la producción y el consumo. Este programa, que a su vez ha sido una ardua conquista de la clase burguesa sobre la monarquía, consolidó una cierta idea de hombre y de las relaciones entre los hombres.

La idea de *hombre* se configuró en la modernidad bajo el concepto de *sujeto racional*, de *individuo pensante*, que Descartes sintetizó con brillante brevedad: *cogito ergo sum*. Desde esta perspectiva, el hombre es en tanto pueda pensar y dar razón de su pensamiento; el hombre es un ser que se piensa, un animal ensimismado. La razón nos hace humanos e individuos; la racionalidad es el ejercicio pleno de la naturaleza humana, la constatación de nuestro sino, la puesta en escena de nuestro destino supremo: dominar el mundo por efecto de la capacidad intelectual. Con esto, surgen en Occidente las ideas de *ciencia*, *disciplinas*, *especialización*, *tecnologías*, *Estado moderno* y *ciudadano*. Esta supremacía del individuo, este empoderamiento del hombre como centro del universo, este renovado *David* de Miguel Ángel o *Pensador* de Renoir, sustituyeron el mito del hombre caído (propio de la cosmovisión medieval) por el del individuo todopoderoso. Ahora el sujeto se funda a sí mismo; nombra nuevamente el paraíso desde la física, la química o la

astronomía; bautiza las criaturas desde el evolucionismo y la depredación, creando, finalmente, todo un universo a su imagen y semejanza.

Como producto de este narcisismo exultante (Lipovetski, 1985), las relaciones humanas se trastocaron, pasaron de la dependencia estática propia de las monarquías (siervo-señor feudal, plebeyo-aristócrata) a la dinámica de los derechos ciudadanos (sujeto-Estado nación). Se transitó de creer en jerarquías predestinadas e inmutables a concebir y producir ciudadanos con libertad y voluntad. Este caudal de revoluciones sin precedentes y maravillosas en la historia occidental gestó, sin embargo, un tipo de relación humana basada en los intereses exclusivos y excluyentes del individuo. Por tanto, la idea que estableció los vínculos entre un hombre y otro fue el derecho individual: el conjunto de disposiciones morales, legales y racionales que dieron y dan preeminencia al sujeto; dicho en otros términos, las relaciones humanas se han asumido, especialmente desde el siglo XVIII, como un tratado de conveniencia y usufructo en beneficio del sujeto mismo, a manera de intercambio, donde la idea del otro deviene como reflejo del sí mismo.

232 ■ Pero tanto el individualismo racional como las relaciones de utilidad sobre el otro develaron el gran vacío del programa moderno: el hombre nunca se tuvo a sí mismo realmente, pues la invención del sujeto lo fue en función del Estado y la productividad, y tampoco se elaboró una constitución plena del otro; fue más una adjetivación solo válida en cuanto servía a intereses ideológicos y de productividad masiva. Fuimos, y en buena parte aún somos, una sociedad entronizada en grandes narrativas (Lyotard, 1987), pero no hemos logrado constituir nuestra subjetividad plena e independiente de las tiranías del mercado y del uso productivo (Foucault, 1990). En esta carrera desbocada por llegar al “progreso” nos perdimos a nosotros mismos y solo utilizamos al otro.

No olvidemos que de fondo las conquistas de la modernidad europea fueron consecuencia de un arduo conflicto entre la monarquía y la burguesía y que esta batalla decidió quiénes, finalmente, se quedaron con el poder. Por este hecho, precisamente, es que entonces a la educación le correspondió consolidar la supremacía de la racionalidad burguesa bajo las formas del trabajo, la ciencia, la tecnología, la producción y el consumo. Así, el individuo que brotó de esta conquista burguesa fue aquél que por mérito propio llegó a la cima, pero que dejó en el camino todos aquellos valores asociados con la convivencia, la tolerancia y la inclusión. La idea de *sujeto* fue prioritariamente colonizada por la de *individuo*, que se predica y

aplica en primera persona del singular. Esta educación, plena y vigente en muchos sentidos, ha enarbolado una sociedad fundamentada en honrar al más fuerte, al más inteligente, al más avezado. La corona de laurel está dispensada solo a aquellos “atletas” que han vencido en las justas olímpicas del conocimiento, la ciencia, la tecnología y la productividad material. Como en aquellos días de la Grecia de Píndaro, su espíritu es la filotimia: el ansia de honor y de gloria. Dicha exultación del sujeto propició un sistema escolar basado prioritariamente en la competitividad y la fragmentación; competencia como aprovechamiento de lo más propio para vencer al contrincante, y fragmentación como deslinde y forma de vida disyuntiva: razón/emoción, humanidades/ciencia, productividad/ocio, para llegar, finalmente, a consolidar un sistema empotrado en la exclusión. En este campo de batalla, al docente le ha sido celosamente encomendada la labor de vigilar y controlar (Foucault, 1986) los trofeos ya obtenidos y consolidar la hegemonía del conocimiento especializado, darle preponderancia a la productividad y al consumo tecnológico, y alimentar la idea de eliminación del menos “capaz”.

Para el caso particular de Latinoamérica, el programa de la modernidad ha sido particularmente paradójico, contradictorio y crítico, pues históricamente nos hemos consolidado como una cultura fraccionada en etnias, colonialista y excluyente (Stein y Stein, 1982; Jaramillo, 1982), con sesgos seudoilustrados y nostalgia viva de monarquía criolla (Henríquez, 1925; Zea, 1953; Gaos, 1993; Paz, 1992). A esto se suma el hecho de que no hemos podido pensar por nosotros mismos ni llegar a un proyecto común; es decir, para Latinoamérica no bastó con la depredación sufrida por la dominación europea; ahora el saqueo es por cuenta propia.

Colombia, en particular, que siempre ha oscilado entre las añoranzas del caballero cristiano y las ideas del mundo moderno, entre el afán de nobleza feudal y el seudoracionalismo crítico, entre los etnocidios y los privilegios de clase, no ha logrado superar su propio vasallaje histórico y se ha dedicado a buscar en el afuera lo que desconoce —o por vergüenza niega— en sus propias entrañas. Sirva como ejemplo nuestra educación. Mayoritariamente caracterizada por la impronta de lo privado y lo religioso y asistida contemporáneamente por ensayos breves, acríticos y discontinuos de modelos foráneos, no ha logrado consolidar un proyecto social claro, sencillamente porque no ha conseguido pensarse a sí misma ni pensar nuestra cultura. Los devaneos epistemológicos, teleológicos y normativos de nuestra institucionalidad educativa se han mecido entre capricho y capricho de los poderes

políticos de turno, ahondando las desigualdades, la exclusión, la falta de pertinencia en lo que se enseña y aprende y situando a docentes y estudiantes frente a la incapacidad para pensar, investigar y proponer. Estanislao Zuleta, con claridad sentenciaba: “La educación, tal como ella existe en la actualidad, reprime el pensamiento, transmite datos, conocimientos, saberes y resultados de procesos que otros pensaron pero no enseña ni permite pensar” (Suárez, 1997, pp. 231-232). Una educación que no se piensa y que no enseña a pensar está condenada, como lo es mayoritariamente la nuestra, a ser recapituladora, eco de otras voces, mala copia de lo foráneo, resonancia y acústica de otros contextos. Por supuesto que no se trata de negar las tradiciones y alcances de otras culturas sino de analizarlos y ponerlos en relación con las propias ideas y propuestas, de alcanzar la subjetividad plena y digna y asentar la ciudadanía cotidiana; de rescatar las propias voces y asumir un destino común.

Una apuesta: la escritura como dispositivo para cuidar de sí y del otro

234

■ Posiblemente una educación consciente de sí, creadora de posibilidades pertinentes, propositiva frente a los grandes problemas de la condición humana y la vida nacional, constitutiva de la ciudadanía y de sus condiciones temporales y generadora de sentido sea la que nos permita, en el largo tiempo, constituir una subjetividad plena de sí, digna y en relación solidaria con el otro. Para este fin, la escritura es un dispositivo fundamental. Sirvan, pues, las siguientes tres aproximaciones a la escritura como condición para pensar esa idea de educación en Colombia.

La escritura como ontología

El hombre es de naturaleza hermenéutica y dialógica; el lenguaje deviene como vehículo para hacer posible esa naturaleza. El lenguaje, así, es el hecho humano fundacional de lo humano mismo y de la cultura. Nuestro ser-ahí se da en lenguaje y en este se manifiesta el Ser, por tanto, el lenguaje es sentido (Heidegger, 1971). Somos por el lenguaje. Este es un sistema que nos ha permitido comprendernos, crearnos y transformarnos continuamente. El lenguaje nos da forma, nos informa y nos transforma; es nuestra ontología esencial que, al decir de Echeverría: “[...] [la ontología] hace

referencia a nuestra comprensión genérica —nuestra interpretación— de lo que significa ser humano. Cuando decimos de algo que es ontológico, hacemos referencia a nuestra interpretación de las dimensiones constituyentes que todos compartimos en tanto seres humanos y que nos confieren una particular forma de ser” (Echeverría, 2003, p. 19).

Aplicada al campo del lenguaje, podemos afirmar que la ontología es el universo en el que nos movemos; nuestra única comprensión humana posible de lo humano mismo y que, en contraste con el programa metafísico que nos ha gobernado por veinticinco siglos (Echeverría, 2003), bien puede erigirse como una propuesta más cercana y pertinente, pues posibilita con mayor sentido saber quiénes somos, qué queremos ser y cómo podemos serlo. Los principios ontológicos del lenguaje reposan en tres asuntos:

- *Concebirnos como seres de lenguaje.* Nuestra condición humana se ha obtenido en un milenario proceso de autoconfiguración por medio de sonidos, signos y significaciones en el que nos autodenominamos de cierta manera y creamos ciertas formas de ser y convivir (cultura). En términos de Echeverría: “Lenguaje es, por sobre todo, lo que hace de los seres humanos el tipo particular de seres que son. Los seres humanos, planteamos, son seres lingüísticos, seres que viven en el lenguaje. El lenguaje, postulamos, es la clave para comprender los fenómenos humanos” (Echeverría, 2003, p. 21).
- *Al ser seres de lenguaje, somos generativos.* El lenguaje por esencia es creativo, dador de vida; su nervio sustancial es que el decir es ya un hacer y el hacer es ya un ser real. La palabra nombra la realidad y al formularla, instaura en la cotidianidad lo dicho. El lenguaje es generativo. El lenguaje, por lo tanto, no solo nos permite describir la realidad, el lenguaje crea realidades. La realidad no siempre precede al lenguaje, este también precede a la realidad. El lenguaje, postulamos, genera ser (Echeverría, 2003, p. 21).
- *Interpretar que los seres humanos nos creamos a nosotros mismos en el lenguaje y a través del lenguaje.* El mundo es el lugar posible, el horizonte de creación en donde los humanos posibilitamos nuestro ser, donde nos hemos inventado a nosotros mismos, y ese mundo sustancialmente es lenguaje; más allá de este, lo desconocido, lo innombrado, lo incomprendido. Si algo no tiene nombre no existe. Este hecho capital nos permite ganar el dominio de nuestras propias vidas; el lenguaje es el timonel bajo el cual creamos y proyectamos nuestra existencia.

Asumiendo los anteriores postulados, entonces la escritura se alza como un escenario visible y concreto que devela, expresa y reconstituye nuestro ser humano más propio. La escritura nos sitúa frente a nuestro ser y devenir pues reconfigura lo que somos, lo que nos pasa y cómo nos pasa. La escritura, amén de ser una tecnología del pensamiento (Ong, 1987), es una tecnología del yo, dado que nos permite atar y dar sentido a lo que apenas atisbamos como jirones o fragmentos de nuestra cotidianidad —siempre fragmentada y discontinua—. Igualmente, hace de espejo ante nuestras emociones e ideas —escribir es describir lo que sentimos y pensamos— y por su magia podemos proyectarnos y crearnos inacabadamente. Así, la escritura es memoria resignificada, pensamiento ordenado y autopoiesis: ontología esencial.

Baste leer un fragmento cualquiera brotado de nuestras manos para observar cómo brota allí nuestra intimidad; cómo en ese fragmento emerge un mundo preñado de historias familiares, lugares concretos, experiencias específicas, valores, conceptos y juicios muy propios, más allá de las convenciones del código escrito. La escritura es un espejo del ser interior, el reflejo de un acontecer esencial interno que, precisamente por el ejercicio del escribir, se torna en realidad esencial que nos configura. Para saber qué somos, cómo somos, qué hemos sido, qué podemos y queremos ser, la escritura acude solícita en tanto operación específica de nuestro yo.

236



La escritura como cuidado de sí y del otro

Dice Foucault: “El precepto [ocuparse de uno mismo] era, para los griegos, uno de los principales principios de las ciudades, una de las reglas más importantes para la conducta personal y social y para el arte de la vida” (1990, p. 50). Y más adelante expresa: “El cuidado de sí es el cuidado de la actividad y no el cuidado del alma como sustancia” (1990, p. 59).

Estas consideraciones del pensador francés dejan en claro el hecho de que en oposición a la idea del sujeto moderno, nos corresponde asumir el proyecto de cuidarnos para ser plenamente nosotros mismos. Cuidarnos como un ejercicio continuo, habitual, progresivo, por medio del cual nos ocupamos de nosotros mismos, nos preocupamos por nuestra alma, felicidad y posibilidad; cuidarnos, pues, como una interrogación abierta por cómo vivimos, pensamos, sentimos, nos expresarnos y relacionamos. Más allá de un individuo que está en función de la productividad o del Estado, se

trata de configurarnos como dueños de nosotros mismos para gobernarnos a nosotros mismos. Cuidarnos, que vendría a ser elaborar la pragmática de sí: instituir ciertas tecnologías para relacionarnos activa y creativamente con nosotros mismos (Foucault, 2011). Cuidar de sí, parafraseando el *Alcíbades* de Platón (1995), como un estado político y erótico laborioso, esto es, como una forma frecuente y renovada de ser en la vida íntima y pública, como cierta manera de comportarse frente a uno mismo y ante los demás. Cuidar de uno mismo, que viene a ser una ética —comportamiento relacional con uno mismo y con el otro— y una estética —la vida personal y colectiva como proyecto de vida que se crea a diario— diligentes.

Y si la modernidad creó la idea de un sujeto racional en función de un proyecto para el cual aquel era solo un medio y no un fin en sí mismo, la escritura bien puede constituirse como una tecnología activa, contestataria y de resistencia frente a este sesgo tan limitante de la condición humana, gracias a la cual el hombre puede volver a ser ontológicamente objetivo y conocedor de sí mismo y por medio de la cual podrá recuperar su multidimensionalidad, así como la relación dignificante y solidaria con un otro concreto y situado. Confirmemos: la escritura bien puede ser el suelo donde se levante un humanismo de la alteridad (Bajtin, 2003); esto es, una propuesta cultural y educativa, explícita e intencionada, sobre la cual se vive y se educa para conocerse y confiar en sí mismo y en el otro; la escritura como palanca para trabajar en nuestra intimidad y con el otro; la escritura en cuanto ejercicio en el que se reconoce el mundo personal y colectivo, público y privado, y en el que se potencian las dimensiones ética (lo relacional) y estética (lo creativo). Considero que esta dimensión de la escritura es sustancialmente ética y estética en la medida en que nos da la perspectiva de quiénes somos y qué podemos ser.

Creo firmemente en que por medio de la escritura podemos inventarnos a nosotros mismos, y que esta autopoiesis es una labor que se trasladará, naturalmente, a la vida comunitaria. En otros términos, la escritura concebida como cuidado de sí permitirá recuperar la voz propia y la voz de todos; narrarnos (decirnos) y narrar nuestras posibilidades para hacerlas dignas y plenas y, desde estas, afianzar nuestro ser en el mundo.

Narrar nuestra infancia, volver a los hitos que nos han fundado, describir los rostros, nombres y situaciones que nos habitaron y habitan; detallar desde la palabra esas imágenes que nos han constituido... Hacer los balances con nosotros mismos, con nuestros amores y odios, con las pulsiones que

nos gobiernan y los valores que nos dirigen es cuidar de nosotros mismos; es permitirle a la escritura darnos la envergadura ética profunda que necesitamos y merecemos. En este mismo orden de ideas, escribir lo que queremos ser, cómo queremos vivir, cómo deseamos ser en realidad, cómo ser con el otro y con los otros, qué sueños deseamos y cómo los podemos hacer realidad... es permitirle a la escritura que sea el norte, el faro de una estética personal y colectiva.

Ahora bien, en este ejercicio de cuidar de sí mismo, de manera inapelable y diría que casi obvia, nos situamos en el otro. El otro como esa persona concreta, con historia, tiempo y lugar precisos; el otro como ese *mysterium tremendum* del que habla Rudolf Otto y que presagia la revelación de lo propio, del mundo y de la trascendencia humana, o como dice Octavio Paz:

Soy otro cuando soy, los actos míos
Son más míos si son también de todos,
Para que pueda ser he de ser otro,
Salir de mí, buscarme entre los otros,
Los otros que no son si yo no existo,
Los otros que me dan plena existencia. (1981, p. 252)

238



Lo otro no solamente desde una lectura a partir de la institucionalidad religiosa, sino sustancialmente como experiencia de encuentro y unión con algo o alguien sin lo cual, sin el cual, mi humanidad o subjetividad seguiría fracturada e incompleta. El otro sin el cual no hay un yo. Cuidar de sí viene a ser, entonces, cuidar del otro; cuidar de sí es desplegar mi conciencia y asumir la duplicidad y la multiplicidad... Por ende, preocuparse de sí es cuidar del otro. Esta dimensión nos permitirá asumir entonces la vida activa (el estado erótico del que hablaba Platón) y la vida en comunidad (el estado político) de manera diferente, bajo otra piel, otra perspectiva y otro sentido más allá de los ofrecidos por la modernidad.

Resumiendo, cuidar de sí y del otro es pensarnos y crearnos continuamente; es considerar al otro como sujeto pleno y digno (y no como medio para...) y formular escenarios concretos de convivencia. Y la escritura viene a consolidar, en esta geografía humana, esas posibilidades.

La escritura como proyecto histórico-colectivo

*[...] el mundo cambia
si dos se miran y se reconocen*

Octavio Paz

Esta perspectiva que propongo para la escritura, además de situarnos de manera ética y estética frente a nosotros mismos y al otro, nos permitiría, igualmente, considerar y resignificar la historia colectiva en Colombia: la escritura puede ser el fundamento de nuestro proyecto histórico-colectivo.

Para ello, será menester partir de las historias particulares, de los grupos concretos y hacerles etnografía, “tomarlos uno a uno, en su idiosincrasia, en su integridad”. La escritura desde una perspectiva etnográfica inductiva, es decir, desde un movimiento de registro detallado en el cual la persona y la comunidad parten de sí mismos y regresan regularmente a sí mismos, a manera de despliegue y repliegue, para comprenderse y vislumbrar sus relaciones con ellos mismos y con la tradición. Tradición que aquí hace las veces de experiencia con la cual se genera un diálogo vivo; tradición como horizonte para entretejer el sentido de las propias prácticas y creaciones. En este juego de significaciones, la escritura de perspectiva etnográfica inductiva le permitirá, a unos y a otros, volver a sus propias voces, relatos, valores, símbolos y situaciones vividas, y otorgarles el sentido que sus necesidades y sueños les piden, de cara a asumir un presente y un futuro nuevos y más dignos.

Ahora bien, como en Colombia la enseñanza de la historia y de la escritura ha estado enmarcada en procesos memorísticos, normativos, despersonalizados y descolectivizados —pues impera la versión oficial—, resultará difícil pensarnos desde esta perspectiva que propongo. Dicho de otra manera: se nos ha enseñado —y así lo hemos creído— que los procesos personales y colectivos corresponden a una dinámica externa y ajena sobre la cual nosotros poco o nada podemos decir y proponer. La enseñanza de la historia y de la escritura ha sido la de un dispositivo altamente elaborado para disuadirnos del hecho de reconocernos y pensar por nosotros mismos; se nos ha enseñado que historia y escritura son hechos dados sobre los cuales solo nos corresponde memorizar y acatar. La visión caudillista, eurocéntrica y criollística de la historia, así como la perspectiva gramatical, caligráfica y comunicativa de la escritura, nos han arrojado a un abismo de amnesia y de indiferencia frente a nosotros mismos y a nuestro presente.

Sin embargo, una perspectiva etnográfica e inductiva de la historia y la escritura puede despertarnos de esta peste del olvido y lanzarnos en pro de nuestra sangre, de nuestros errores, de los crímenes, indiferencias y de ese rutinario lavatorio de manos que inunda las páginas de nuestro recorrido por el mundo. Asumir una etnografía inductiva, desde la escritura personal y colectiva, permitirá recabar aquello que ha sido dado, sopesarlo, volverlo materia seria y habitual de estudio y, luego, y a manera de espiral, construir y reconstruir la historia pasada y presente.

Una escritura etnográfico-inductiva, enfocada en buscar las causas de lo que somos a través del registro minucioso de indicios, huellas y signos de personas y grupos con nombres y apellidos propios es, por lo menos, una ventana en el sótano. Una ventana que retomará las voces propias como estrategia de conocimiento e identidad de nuestro ser profundo. El solo hecho de volver a las voces de los silenciados, de los ausentes, de los “perdedores”, de las minorías, de los excluidos, desde el siglo XV y hasta hoy, nos dará un paisaje nuevo que pese a lo doloroso que pueda resultar, será necesario para reconstruirnos y cuidar de nosotros por nosotros mismos.

240 ■ Una escritura así nos permite, como a Narciso en el mito, reflejarnos en el espejo: conocer, por fin, nuestra faz y dejar de otear con tanto desvelo y hambre fuentes y rostros ajenos. Posiblemente sea esta tecnología de la escritura la que instaure una educación que nos enseñe a pensar, que nos arroje ante las maneras de la incertidumbre, que nos inunde de preguntas e hipótesis y que, finalmente, nos lleve a recorrer un camino propio y a habitar un lugar creado por nuestras propias manos en la historia de la humanidad.

Un lugar para lo posible: el cuidado de sí desde la perspectiva del docente

Si la escritura consigue ser entendida como un dispositivo para cuidar de sí y del otro y las anteriores tres aproximaciones le dan un lugar más concreto y palpable a esa apuesta, el docente bien puede ser uno de los protagonistas que nos sitúe habitualmente frente a esta práctica. En tal sentido, entonces, ¿qué sería asumir el cuidado de sí y del otro desde el docente? Veamos.

No se puede cuidar del otro si primero no se cuida de sí mismo. El ejercicio de la docencia, al menos en Colombia, ha estado tachonado de ires y venires, de altas y bajas en lo que a estatus social, intelectual, laboral

y salarial se refiere. Ser docente en Colombia, dadas estas condiciones, termina siendo sustancialmente una práctica vocacional, un llamado casi que misional; asumir la enseñanza como forma de vida entre nosotros no es garantía de prosperidad profesional ni económica ni de respeto ante la comunidad. El docente colombiano, en un número mayoritario, tiene que trabajar en medio de la apatía de las familias y los jóvenes, la violencia intrafamiliar y social cada día más galopantes, los cambios fortuitos de las perspectivas educativas, los recelos de los pares, las limitaciones para acceder a tecnologías de investigación, la politización del gremio y, ante todo, frente a sus propios desganos y pérdida de esperanza en la educación. Educar hoy en día oscila entre el deseo y la apatía.

En tal estado de cosas, resulta más que necesario, urgente, diría, que el docente trabaje consigo mismo. Que vuelva a su vida interior y sopese su historia personal y su proyecto de vida para llegar a un justo balance entre lo que hace y cómo lo puede hacer mejor. En esto, la escritura en tanto cuidado de sí brinda pistas más que interesantes. Se trataría de preocuparse de sí, de volverse objeto de trabajo habitual, por ejemplo, desde una autobiografía docente, con preguntas tales como: ¿por qué me hice docente? ¿Qué me caracteriza como docente? ¿Cuáles son mis didácticas? ¿Qué sentido ocupan la lectura, la escritura y la investigación en mi oficio? ¿Creo que la educación es una posibilidad de vida más plena para mí y para mis estudiantes?... Estos y otros interrogantes, escritos de manera cotidiana, darían claves para cuidar de nosotros mismos.

La escritura como cuidado de sí mismo permite ir a los hitos fundacionales de la vida y de la elección profesional: repensar las carencias, rehacer los fragmentos perdidos en la memoria, entender por qué ciertas prácticas de aula se dan y otras no, avizorar los modelos educativos que nos alimentan, develar nuestras habilidades y zonas de desarrollo.

A la par de este tipo de escritura —o de otras paralelas como pueden ser las cartas, los ensayos breves o proyectos de indagación de aula—, se deberían reconsiderar las metas y sus estados de alcance, pues cuidar de sí mismo es ser vigía de los anhelos más queridos y perseverar por lograrlos. Darse a la tarea de evaluar los valores primarios y trascendentales de nuestra vida es un acto ético y estético indispensable en el ejercicio docente, pues solo se da al otro de lo que hay dentro de uno mismo. Un docente desmotivado, carente de ambiciones intelectuales, repetidor de su propia oralidad y descreído de la fuerza de la educación hace más daño que un aula

sin maestro. Por ello, se trata de volver sobre uno mismo, de cuidarse: de leer, escribir, llenarse los sentidos de música, pintura, buen cine... De asistir a encuentros pedagógicos, de actualizarse, de lanzarse a unas prácticas diferentes... En fin, de regalarse la oportunidad de reconocerse y recrearse.

Pero cuidar de sí desde la perspectiva docente, igualmente implica hacer del pensamiento analítico, crítico y creativo el pan de cada día. Mediante un pensamiento activo, sospechoso y propositivo se cuida mejor de sí mismo y del otro, pues ya no se trataría entonces de repetir y acatar sino de crear una resistencia diligente frente a los embates mediáticos que limitan el fortalecimiento de la subjetividad. Y dado que la escritura, por ser lenguaje, es ya propositiva, acudir a esta aviva ese pensamiento; le da alas y escudo para hacerse más claro, sólido y locuaz. Para cuidar de sí, pues, no basta con la oralidad inmediata ni evanescente del aula de clase o de la sala de profesores, se requiere un ejercicio más riguroso que especialmente se halla en la escritura.

Pero ocurre que el profesional docente, por lo general, poco lee y muy poco escribe. Sucede que no tiene afinadas sus habilidades de lectura y escritura; por lo mismo, sus fronteras de relación consigo mismo y con la cultura, con la investigación y con la construcción de pensamiento están seriamente limitadas. Al menos en Colombia, leer y escribir no son parte connatural del oficio docente. Al menos en Colombia, una gran mayoría de la población docente no escribe ensayos ni investigaciones. Sucede que, en Colombia, al menos, el oficio docente sigue unguido de verbalismo disfuncional que concluida la clase, se evapora como evanescente disertación monológica. El docente nuestro carece en número significativo de biblioteca personal, de grupo reconocido de investigación; son tenues sus líneas de especialización temáticas y sus escrituras esporádicas y desarticuladas. Acontece también que ese mismo docente es el que enseña a leer y a escribir (sea del área del conocimiento que sea; sea en la escuela o la Universidad). Y entonces... ¿cómo enseñar lo que no se sabe tan bien? ¿Cómo transmitir lo que poco se ha desarrollado? ¿Cómo modelar si lo propio no es apreciado ni cualificado? En otros términos, el tamaño de nuestra problemática es que lo que nos corresponde como medida inaplazable y prioritaria para proponer un modelo educativo más digno, inclusivo y pertinente, es volver sobre nosotros mismos, cuidarnos, hacernos artesanos de nuestra propia arcilla. Se trata, en concordancia con lo que acabo de expresar, de volver sobre las formas como fuimos educados, de indagar nuestro personal “estado del arte docente” y

desarmarlo, pieza por pieza, para hallar las fisuras y las posibilidades éticas y estéticas que requerimos. No se debe educar a las nuevas generaciones sin escribir este balance, sin cuidar primero de sí mismo; hacerlo es perpetuar un sistema cultural que nos sigue agotando y suprimiendo.

Seamos más provocadores: cuidar de nosotros mismos tiene que ver con las relaciones que entablamos con la escritura, con el sentido —tiempo y espacio concretos— que esta ocupa en nuestro quehacer docente cotidiano. Claro que también se es buen profesor sin tener mayor trato con escrituras autobiográficas o argumentativas, pero de lo que aquí se trata es de transitar de enseñante a maestro, pasar de informador a formador, moverse de catedrático a tutor, y en esto sí que la escritura resulta necesaria, especialmente porque escribir nos permite ser y pensar con mayor claridad y porque una educación anclada en procesos éticos y estéticos de escritura se torna, a sí misma, más pensante y pertinente: escribir con perspectiva ética es relacionarse más comprensivamente consigo mismo y con el otro; escribir con sentido estético nos posibilita dejar de ser marionetas de destinos externos y volvernos creadores permanentes de nuestro ser y quehacer.

La escritura como dispositivo para crearse a sí mismo nos permitirá situarnos ante todo en la formación de la subjetividad más que en el adiestramiento del sujeto para el grupo; será tanto como pasar del animal en grupo al animal social (Lessing, 2010). Cuidar de sí es emplazarse frente a la escritura como espejo y rehacerse día tras día, con la mayor conciencia posible de lo propio y de lo colectivo, y actuar cuidando de sí y del otro.

Referencias

- Ayuste, A. y Trilla, J. (2005). Pedagogías de la modernidad y discursos postmodernos sobre la educación. *Revista Cuadernos de Pedagogía*, 336.
- Bajtín, M. (2003). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: el contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza.
- Echeverría, R. (2003). *Ontología del lenguaje*. Santiago de Chile: Comunicaciones Noreste.
- Foucault, M. (1986). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2011). *El gobierno de sí y de los otros*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gadamer, H-G. (1984). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.

- Gadamer, H-G. y Koselleck, R. (1997). *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- Gaos, J. (1993). *El pensamiento hispanoamericano*. México: UNAM-Nueva Biblioteca Mexicana.
- Heidegger, M. (1971). *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez, U. (1925). *La utopía de América*. Buenos Aires: La Plata Estudiantina.
- Jaramillo, J. (1982). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Temis.
- Lessing, D. (2010). *Las cárceles elegidas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lipovetsky, G. (1985). *Era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Lyotard, J-F. (1987). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Ong, W. (1987). *Oralidad y escritura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ortiz, R. (2004). *Taquigrafiando lo social*. México: Siglo XXI.
- Otto, R. (1980). *Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios*. Madrid: Aguilar.
- Paz, O. (1981). *Libertad bajo palabra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, O. (1992). *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Platón. (1995). *Alcíades o de la naturaleza del hombre*. Buenos Aires: Aguilar.
- Stein, J. y Stein, B. (1982). *La herencia colonial de América Latina*. México: Siglo XXI.
- Suárez, H. (1997). La educación un campo de combate. En *Conversaciones con Estanislao Zuleta*. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.
- Zea, L. (1953). *América como conciencia*. México: UNAM-Cuadernos Americanos.